

La posteridad de las ratas (Buscando a Copi)

De Federico Roca

Para Pablo Robles

Una sala de hospital cruzada con camarín. Hay una cama de metal y a su lado un porta suero. Un gran espejo rodeado de lamparillas y una mesa larga donde hay elementos de maquillaje, muñecas, pelucas. Un perchero con vestidos, sombreros, estolas, etc. Un biombo de hospital.

En la cama duerme Copi. Se mueve, dice cosas, se queja, tose. Se despierta y se incorpora con cierta dificultad. Mira hacia todos lados. Tose. Saca las piernas de la cama.

Copi: ¡Mierda!

Baja de la cama. Busca con los pies unas pantuflas que hay bajo la cama, se las calza.

Copi: ¡Mierda! (da un respingo, como si se acordara de algo) ¡Mierda! (se ríe) ¡Mierda! ¿Dónde está mi vestido de presidenta? (Hace otra voz) ¿Cuál vestido de presidenta, querida? Todos tus vestidos son vestidos de presidenta. (Se ríe y se contesta) ¡Sabés bien cuál quiero decir! El del retrato oficial, el sencillito, con las camelias. (Se ríe. Hace la otra voz) ¡Ah, ese! (Se pone la bata que está a los pies de la cama. Se ríe. La risa se hace tos) ¡Mierda! Pero mierda de verdad. ¡Qué mierda! (Tose)

Bebe agua de un vaso que está sobre la mesa. Tose.

Copi: ¡Enfermera! ¡Enfermera! (nadie viene) Uno se puede morir aquí adentro y nadie se entera. Qué fastidio... ¡Enfermera! (Más toses. Bebe agua) A cagar...

Va hasta el espejo y se mira en él. Se estira arrugas, se toca las ojeras. Se mira de frente y de perfil. Toma una punta de la bata con dos dedos, como con asco.

Copi: Para vestido de presidenta, éste deja bastante que desear. ¡Enfermera!

Se escucha que golpean la puerta.

Copi: (en medio de un acceso de tos) Adelante...

Más golpes en la puerta.

Copi: ¡Adelante!

Entra, tímidamente, Didier, de entre veinte y treinta años. Copi está de espaldas y no lo ve. Didier carraspea levemente. Copi, sin mirarlo, toma el vaso de agua que está en la mesa y se lo extiende.

Copi: (molesto) Agua. Hace horas que la llamo. ¿Dónde estaba? Me estoy muriendo de sed.

Didier se acerca y toma el vaso.

Didier: Es que yo...

Al escuchar la voz, Copi se da vuelta.

Copi: (con sorpresa fingida) ¡Enfermera! Está muy cambiada. No la reconocería si la viera por la calle... Aunque... sin duda este sexo le queda mucho mejor que el otro. No me sorprende: siempre me pareció un poco masculina, con esa brutalidad para las inyecciones... ¿Está más contenta? ¿Le va mejor lo de ser hombre?

Didier:(un poco asustado) ¡No soy la enfermera!

Copi: ¿Ah, no?

Didier: No, para nada...

Copi: No lo sé. Al fin y al cabo, yo estaba llamando a la enfermera, “¡Enfermera, enfermera!” y apareció usted. ¿Cómo puedo saber que no es la enfermera?

Didier: Soy Didier...

Copi: ¡Bah! Seguro que todas las enfermeras que cambian de sexo se llaman Didier.

Didier: No. Soy periodista. Y no cambié de sexo.

Copi: ¿No? Hace mal. Las enfermeras deberían cambiar de sexo siempre que pudieran. No sólo las enfermeras: todos, hasta los periodistas. Sería mucho más divertido de esa manera, ¿no le parece?

Didier: No. No es el caso. Me mandaron a entrevistarlo. ¿Nadie le avisó?

Copi: ¿Avisarme qué?

Didier: Que yo venía.

Copi: Hace horas que llamo a la enfermera y no viene, ¿le parece que alguien me va a avisar si viene o no viene un periodista? Por favor, qué pavada... ¡No se quede ahí parado! ¡Tráigame agua!

Didier, luego de un instante de duda, sale.

Copi: (mirándose seductoramente en el espejo) Estás matando, Copi, ¡estás matando!

Revuelve frenéticamente entre las cosas que hay sobre la mesa, encuentra una gran borla de polvos rosada y se golpetea la cara con ella repetidamente tratando de disimular su palidez. Levanta una nube de polvos que le da más tos. Vuelve Didier con el vaso de agua.

Didier: Tome.

Copi comienza a toser de nuevo. Didier le quita el vaso de agua, lo deja en la mesa, toma a Copi del brazo y lo ayuda a sentarse en la cama. Pasa la tos. Didier le alcanza el vaso nuevamente. Copi bebe. Le devuelve el vaso y lo mira divertido.

Copi: Y ahora no me va a decir que no es la enfermera. Acaba de hacer lo que hacen todas las enfermeras: dar un vaso de agua y ayudarlo a uno a sentarse. (Acusando) ¡Enfermera!

Didier: Ya le dije que no soy la enfermera. ¿Parezco una enfermera? Me faltaría, no sé, la cofia...

Copi: Eso sería muy fácil, una cofia, bah... No me importa... Mientras no le dé por hacerme un enema...

Didier:(con asco) ¡No!

Copi: Bueno, bueno... ¿Periodista, dijo?

Didier: Sí. Me mandaron a entrevistarlo.

Copi: Así que me estoy por morir nomás. Bueh...

Didier pone cara de circunstancias.

Copi: (con dureza) Ah, ¿ve? Usted lo sabe. Sabe que me voy a morir.

Didier: Yo...

Copi: No se ponga así. Todo el mundo se muere. Sé de muchas personas que se han muerto. ¿Por qué no iba a morir yo? No hay nada de qué

preocuparse. Además, quién sabe... Hay personas que además de cambiar de sexo siempre que pueden, se las ingenian para no morir. Y si no hay más remedio que morirse, hacen todo lo posible por resucitar. Y algunos lo logran, fíjese... Creo que escribí algo sobre eso...

Didier: Justamente de eso me mandaron a hablar con usted.

Copi: (extrañadísimo) ¿De cómo resucitar?

Didier: No, de su obra, sus personajes...

Copi: ¡Ah!... Dígame, Didier, ¿sabe quién soy?

Didier: Claro: Copi.

Copi: Eso se dice fácil. Bueno sería que no supiera al menos el nombre de su entrevistado. Valiente periodista sería. Para eso mejor quedarse en enfermera, ¿no cree? No, yo le pregunto si usted sabe quién soy, qué he hecho y todo eso...

Didier: Tengo una vaga idea... Fue todo tan precipitado. No me dieron tiempo de prepararme...

Copi: Entonces no sabe. ¿Cómo es posible? ¡Soy Copi! Artista, actor, dibujante, dramaturgo, novelista, moribundo... todo eso y más... Qué desastre...

Didier: Entré hace poco al diario, y como soy nuevo siempre me mandan a hacer lo que los demás no quieren hacer. (Se da cuenta de lo que acaba de decir y se horroriza) ¡No! ¡No quise decir eso! Es decir...

Copi: Mejor no diga nada...

Didier: Discúlpeme...

Copi: Sí, sí... No es importante. Los entiendo. ¿Quién va a querer venir a entrevistar a un moribundo? Los moribundos incomodamos a la gente. Más incluso que los muertos. (Luego de unos segundos de silencio incómodo) ¿Sabe qué? Mis amigos me prometieron que cuando me muera, luego de mi cremación, van a mezclar mis cenizas con hachís y me van a fumar (se ríe) ¿No es fantástico?

Didier: ¿Lo van a cremar?

Copi: Sí, claro. No estoy seguro de que no sea eso lo que hacen con todos los que se mueren de esta enfermedad. Creo que sí, que los creman a todos. De todos modos ya estaba dispuesto que me cremaran mucho antes de que se me declarara esta porquería. Siempre me pareció lo más higiénico, ¿no cree? Eso de pudrirse en un cementerio al lado de vaya uno a saber quién me parece de lo más promiscuo. (Ríe)

Didier: Veo que lo lleva con humor.

Copi: ¿El qué? ¿Morirme? Por supuesto. No hay otra manera. Además, dígame si no es gracioso: yo clamando por una enfermera ¿y qué me mandan? A un periodista. La muerte es muy graciosa.

Didier: ¿Podemos empezar?

Copi: (ferozmente seductor) ¿Con?

Didier: La entrevista.

Copi: ¡Ah! Eso... Sí, claro...

Didier saca una libretita y una lapicera de un bolsillo.

Copi: Es muy pequeña.

Didier: ¿La libreta?

Copi: Claro. Hasta ahora no le he visto más que eso... Aunque... entre nosotros, nunca me hago problema con los tamaños de nada, así que no se preocupe... Sólo que esa libreta no le va a alcanzar. A menos que haya venido a tomar unos apuntes para mi obituario y nada más.

Didier: Tengo más libretas. (Le muestra, saca otras libretas de otros bolsillos)

Copi: Qué disparate. ¿No sería mejor andar con un cuaderno grande o una grabadora? Claro, usted es joven. Usted todavía cree en el periodismo de libretita. Se equivoca. Ahora lo que se está llevando es grabar y, luego, escribir lo que se le ocurra de todos modos.

Didier: Yo prefiero tomar apuntes.

Copi: Usted es un romántico... Entonces, pregunte.

Didier: (leyendo en su libreta) Su verdadero nombre es Raúl Damonte.

Copi: No, no, no. Mi verdadero nombre es Copi. Raúl Damonte es mi seudónimo. Es decir, en algún momento fui Raúl Damonte, pero ahora soy Copi. Hace años que soy Copi. Es más fácil. Es más fácil casi en cualquier idioma. Raúl Damonte suena bien sólo en castellano. ¿Sabe cómo suena Raúl Da monte en sueco?

Didier: ¿Cómo suena?

Copi: No tengo la menor idea, pero debe ser horrible... En cambio Copi...

Didier: Nació en Argentina...

Copi: Sí, en Argentina. Ya veo que algo de mí sabe. ¿Quiere tomar algo? (abre la puerta de la mesa de luz y saca una botella de whisky)

Didier: ¿Qué es eso?

Copi: Whisky. La enfermera piensa que es té. Es una tonta. Whisky. Del bueno.

Didier: Pero...

Copi: No me gustan las entrevistas sin whisky, ya ve... (Saca dos vasos y sirve) Le voy a quedar debiendo el hielo. No me dejaron traer el refrigerador, ¿puede creer? Los hospitales ya no son lo que eran. (Le tiende un vaso) No lo mire así: está limpio. Y además el alcohol mata todo. Hasta a mí. (Ríe)

Didier: No sé si...

Copi: Junte sus cosas y váyase.

Didier: ¿Cómo dice?

Copi: Lo que oyó. Junte sus cosas y váyase.

Didier: Pero... pero... yo...

Copi: O se toma el whisky, o se va. Punto.

Didier, luego de un instante de duda y luego de mirar el vaso por todos lados, bebe un sorbo.

Copi: Mucho mejor, ¿no es cierto? Volviendo a la entrevista, porque ya veo que todo lo tengo que hacer yo, pienso que usted es aburridísimo: cuál es su nombre, dónde nació... Bla, bla, bla...

Didier: Se supone que uno pregunte esas cosas.

Copi: ¿Por qué? ¿Quién dijo?

Didier: Mmmm... ¿El manual de la escuela de periodismo?

Copi: ¡Ah! El manual... Me lo imagino. Debe decir: si usted no sabe nada del entrevistado, comience por preguntarle el nombre.

Didier: Bueno, no decía exactamente eso.

Copi: Tanto da. Sus preguntas son aburridísimas. Si serán aburridas, que todavía nos estamos tratando de usted. Puf... hacía años que no me trataba de usted con nadie, es agotador. A ver... Podría preguntarme por qué me disgusta la promiscuidad de los cementerios...

Didier: Bueno: ¿por qué le disgusta la promiscuidad de los cementerios?

Copi: No lo sé. No me gusta. Eso de no saber al lado de quién está uno me molesta muchísimo. Sean mendigos o vizcondes, siempre he preferido saber quién está tendido a mi lado. El nombre, por lo menos...

Didier: ¿Mendigos o vizcondes?

Copi: No me va a decir que tiene pruritos de clase. Qué guarangada.

Didier: No, no es eso. Me llamó la atención.

Copi: Pero pregunte, pregunte. Pregunte lo que quiera. Siempre odié las entrevistas. No me gustan. Puras mentiras, eso es lo que son. Ahora no sé si quiero que me pregunte nada.

Didier: Puedo volver en otro momento.

Copi: Me está tomando el pelo. No sé si voy a tener otro momento. ¿No me ve? ¡Me estoy muriendo! ¿Quién lo envió?

Didier: Bernard. Me dijo que usted iba a saber...

Copi: Claro, Bernard. (Como dándose cuenta) ¡Ah! Claro... ¿Y se llamaba?

Didier: Didier. Lo dije cuando entré.

Copi: Es verdad. Como las enfermeras transexuales. Estoy un poco distraído. Debe ser porque me estoy por morir. Antes tenía una memoria de elefante. Ahora tengo una de hormiga. ¿Tienen memoria las hormigas? En

todo caso, debe ser una memoria muy chiquita donde cabrán sólo hojitas, terrones de azúcar y caminitos... Pero me estaba preguntando cosas interesantísimas...

Didier: Recién me dijo que las preguntas le resultaban aburridas. Quizá es mejor que usted hable y que yo anote y pregunte sobre lo que diga...

Copi: Odio hablar de mí mismo. (Sarcástico) Y no le alcanzarían las libretas. Puedo ser muy verborrágico si quiero. Pero no sé si es bueno para mi salud que hable tanto. ¡Enfermera! ¡Enfermera!

Didier: ¿Necesita algo?

Copi: Preguntarle si puedo hablar. Ayer vinieron mis amigos, estuvimos hablando toda la tarde y me cansé muchísimo. Aunque tal vez fuera la morfina. La morfina es divertida, pero lo deja a uno por los suelos.

Didier: ¿Le están dando morfina?

Copi: ¿Mis amigos? Siempre que vienen. Directo al suero. Nos divertimos muchísimo. Pero me canso. Y mamá, sentada en el rincón, fumando un porro tras otro... Es agotador... ¿Era mamá?

Didier, de la impresión, toma otro sorbo del vaso.

Copi: Ya no podría, por ejemplo, subir y bajar las escaleras del Sacre Coeur como antes. (Como en un recuerdo feliz) ¡Ah! Qué ajeteo. Uno se cruzaba con todo el mundo: mendigos, vizcondes y un etcétera muy largo y pintoresco. De noche, en los jardines, el trajín era mucho mayor. Tanto, tanto, que tuve que escribir una obra sobre eso.

Didier: ¿Cómo se llamaba?

Copi: Las escaleras del Sacre Coeur, claro. Hay una mujer muy burguesa que viene desde su barrio de clase alta a buscar a su hija a Montmartre. Ella piensa que aquello es un infierno de travestis, lesbianas, homosexuales, drogados, pero, fíjese, termina amiga de todos ellos. Y encima al final se descubre que es la amante del policía negro que vigila el Sacre Coeur. Como la vida misma. ¿No es divertido?

Didier: No sé si divertido es la palabra... Pero suena... interesante.

Copi: ¿Interesante? ¿No le digo? Usted es aburrido, aburrido, aburrido. Aburridísimo. Si fuera una enfermera transexual sería mucho más divertida. Y más interesante. Tendría que considerarlo, Didier, realmente. Eso sí, habría que buscarle un nombre. ¿Cómo se llaman las enfermeras? Florence, o algo como Jeanne, Blanche, ¡Eva!

Didier: ¿Como Evita?

Copi: Exactamente. ¿Sabe que fue su culpa que termináramos en París? Le envidiaba los peinados a mi madre. Nos tuvimos que ir de Argentina. Era eso o la muerte. Bravísimos los Perón... ¿Eran los peinados o los vestidos?

Ya no me acuerdo, pero algo le envidiaba. Las joyas, serían. Las de mamá tenían prosapia, las de ella, en cambio... (Con un retintín de desprecio) Todo muy nuevo...

Didier: ¿Qué edad tenía?

Copi: ¿Mamá? La de todas las grandes mujeres: ninguna. Qué horror. Parezco una señora hablando. Soy mejor por escrito. Sin duda es culpa de mamá. La cosa es que terminamos en París.

Didier: ¿Está aquí desde entonces?

Copi: No. Después volvimos a Argentina, luego a Uruguay y después volví a París. Por eso no sé muy bien de dónde soy. Ni me interesa. Y a nadie le interesa. El único lugar del mundo donde me tratan de argentino es en la Argentina. Los argentinos tienen eso de “lo mío, lo tuyo, de acá, de allá”. Cuando se enteraron de que yo existía, pasé a ser argentino inmediatamente. Cuando soy muy escandaloso, soy de otras nacionalidades “¿No se había nacionalizado uruguayo?” “¿No es francés?” “Los padres serían argentinos, porque lo que es él...” Son muy graciosos los argentinos... No me importa. Los artistas son nómades. Para mí no existe eso del artista japonés o el artista argentino o el artista polaco... ¿Y usted qué es?

Didier: Soy francés.

Copi: Me lo imaginé. Será el nombre, digo yo...

Didier: Me estaba contando de Las escaleras del Sacre Coeur.

Copi: Ah, sí... Una buena obra. Muy real, a pesar de lo absurdo de algunas situaciones. Aquello era muy así. Todos estaban con todos. De todas las maneras posibles. Uno dejaba a alguien en un lugar y se encontraba con otro que venía de estar con alguien más en otro lado...

Didier: Suena a quedarse siempre con las sobras...

Copi: ¡Bah! Esa es la ley de la vida: todos somos las sobras de alguien más, no sé qué le preocupa. Y al final, somos las sobras de las sobras de las sobras de otro. Incluso usted. Eso es vivir.

Didier: Visto así...

Copi: No hay otra manera de verlo. ¿Sabe que yo conocí al guardia negro del Sacre Coeur? Casi todos los negros que he escrito están inspirados en él... debe ser la única vez que me importó en algo el tamaño, aquello era... era... asustaba... en fin... no quise ser grosero... Pero no es mi culpa: él estaba allí, como todos los demás...

Didier: ¿Diría que su obra es auto referencial?

Copi: Esa es una pregunta estúpida. Claro. ¡Obvio! Si es mi mano la que empuña la lapicera o aporrea el teclado, no puede ser otra cosa que auto referencial lo que salga.

Didier: No sé si lo entiendo.

Copi: No interesa. Alcanza con que yo lo entienda. No me gustan las teorías.

Didier: ¿No?

Copi: No. Las teorías no solucionan nada. Lo cierto es que ya no hay autores de teatro. Esa es la verdad. Ese es el verdadero problema y por eso no voy al teatro. Ni siquiera a los estrenos de los amigos, porque dicen que es teatro y no lo es...

Didier: ¿Y qué es el teatro?

Copi: No sé. ¿Quién lo sabe? Yo no escribo nada que no haya vivido. La imaginación es un ejercicio de la memoria, así que no se puede escribir sobre lo que no se conoce. Los que hacen eso son unos hipócritas... Ya no hay autores. Una vez me pasó una cosa graciosa: en Estados Unidos me dijeron, como si fuera la cosa más increíble, que ellos tenían un autor de teatro, ¿puede creer? Qué fastidio: esto se parece cada vez más a una entrevista y ya le dije que no me gustan. Tome más whisky. (Didier toma) ¿Leyó esto mío, “La mujer sentada”?

Didier: No. Ya le dije, no tuve tiempo de prepararme. ¿Es una obra?

Copi: No, no. Es una historieta. Una caricatura. Es una mujer que está sentada y le pasan cosas. Y hay otros personajes...

Copi va hasta la mesa y toma de allí dos muñecas. Las utiliza como si fueran títeres, y hace las voces de ambas.

Muñeca 1: ¿Qué te regalaron en Navidad?

Muñeca 2: Nada.

Muñeca 1: ¡Oh! ¡No! ¡Qué mal! ¿Y por qué?

Muñeca 2: Bueno... Papá se disfrazó de Papá Noel y se incendió con mis fuegos artificiales.

Muñeca 1: ¡Oh!... ¡Qué suerte tenés! En casa no pasó nada. La abuela hasta se durmió en la mesa.

Muñeca 2: En fin... Mamá quiso apagar a papá tapándolo con un cobertor y también se prendió fuego. Murieron los dos. (Luego de una pausa las dos muñecas ríen) ¡Soy independiente! Ahora vivo en el orfanato de las hermanitas con muchas otras huérfanas.

Muñeca 1: ¿Y las dejan salir?

Muñeca 2: Claro. Tenemos las llaves de nuestros cuartos, fumamos haschís y golpeamos a las monjas masoquistas. Hacemos la calle en los Elíseos y cuando seamos grandes vamos a abrir un burdel en Nueva York

Muñeca 1: ¡Oh! ¿Puedo ir con ustedes?

Copi se ríe. Didier está atónito. Bebe.

Copi: ¿Y? ¿Qué le parece?

Didier: El whisky, muy bueno, sus niñas, crueles.

Copi: (Ríe) Eso dijo el editor, pero lo publicó igual. Claro que es cruel. ¿No son crueles los niños? La inocencia de la niñez es una mentira, como casi todo.

Didier: Tiene puntos de vista radicales.

Copi: ¿Le parece? Tengo puntos de vista, eso sí.

Didier: ¿Y la homosexualidad?

Copi: ¡Oh! ¿La homosex... ¡Oh! ¿Se puso serio? ¿Qué pasa con eso?

Didier: ¿A mí? Nada... le pregunto a usted.

Copi: ¿Usted cree en la homosexualidad?

Didier: ¿Cómo que si creo en la homosexualidad?

Copi: Claro... ¿existe eso? Hay tantos homosexuales que no se acuestan con nadie y tantos heterosexuales que se encaman con el vecino. ¿Cuál es el criterio? Bla, bla, bla. Nunca me interesó la cuestión.

Didier:(revisando sus notas) Pero en sus obras hay homosexuales.

Copi: Y heterosexuales y transexuales y asexuados... (Pensativo) no, asexuados no... Hay una sexualidad inherente a las cosas... Un transexual se siente mujer, u hombre, depende, y sin embargo antes fue otra cosa, ¿no? Es muy curioso. ¿Qué cree que sea necesario para ser mujer?

Didier: Bueno... supongo que...

Copi: Nada más que vestirse de mujer. Y eso, hoy en día, sólo lo hacen los travestis. Ser mujer es eso: vestirse de mujer.

Didier: ¡No! Para ser mujer se necesita...

Copi: ¿Tener tetas? Nada más fácil. Cualquiera se las compra. No. Ser mujer es vestirse de mujer. Y eso es porque ya ni las mujeres se visten de mujer. Aunque hay algunas mujeres que para ser más mujeres se ponen más tetas... Hay algo de contradictorio en eso, ¿no?, porque de todos modos se visten de jeans... En fin... ya me dirá usted si es posible poner la sexualidad en estantes.

Didier: No sé si lo sigo.

Copi: Es muy joven. Si hubiera, o hubiese, visto las cosas que yo he visto...

Didier: Pero... Con ese criterio, la mayoría de las personas son hombres porque usan pantalones...

Copi: Lo cual no deja otra posibilidad que la homosexualidad, ¿no cree?

Didier: (da un respingo) Pero... Bueno... ¿Y usted qué es?

Copi: Depende.

Didier: Pero se ha acostado con hombres.

Copi: Muchos. Pero en una época también lo hice con mujeres. Era “bisexual”. Ya ve, nunca me funcionaron los estantes.

Suena un despertador.

Copi: ¡Oh! Disculpe.

Copi va hasta la mesa y apaga el despertador. Lo tira a la basura. Comienza a sonar otro. Abre el cajón de la mesa de noche, saca otro despertador, lo apaga y lo tira a la basura. Comienza a sonar otro y se repite la escena, Copi apaga el despertador y lo tira a la basura. Didier lo observa. Son cinco despertadores en total.

Didier: ¿Cuántos despertadores tiene?

Copi: Varios. Me cuesta despertarme por las mañanas. Pero creo que esos eran todos. Ya me tienen hartos. Uno empieza el día de un humor de perros con tantos despertadores. Y, ahora que lo pienso, ya no tengo que llegar temprano a ninguna parte. No sé para qué los traje. La costumbre, supongo.

Didier: ¿Por qué los tira? ¿No alcanzaba con apagarlos?

Copi: Es que ya no tienen sentido. En realidad los mantenía en funcionamiento para molestar a la enfermera. Pero ya ve, tampoco así vino. (Mirando a su alrededor) ¡Qué desorden!

Copi se pone a ordenar la cama. Mientras estira la ropa de cama, encuentra un cuaderno entre las frazadas.

Copi: ¡Ah! Aquí estabas... Mi diario. (Se lo tira a Didier) Ahí tiene algo interesante para leer.

Copi termina de tender su cama. Se pone a ordenar la mesa. Didier lee.

Copi: Lea en voz alta.

Didier:(leyendo, con asombro creciente) Esta mañana tiré mis despertadores a la basura. Esta mañana tiré mis despertadores a la basura. Esta mañana me desembaracé de mis despertadores. Esta mañana tiré mis despertadores a la basura.

Copi, que mientras ordenaba escuchaba con atención, se acerca a Didier, le quita el cuaderno y lo mira por todos lados.

Copi: Llega con atraso. No es de mañana, son las cuatro de la tarde. Es que en los hospitales es muy difícil saber la hora: la luz rara vez cambia.

Didier: Es muy extraño... ¿Lo tenía planeado?

Copi: Para nada... Es que no es mi diario. Es el cuaderno donde tomé los apuntes para una obra que empezaba así, con despertadores. ¿Nunca escuchó lo de “la vida imita al arte”? ¿Dónde estará mi diario?

Copi revuelve la mesa buscando el diario y la desordena.

Copi: Qué frágiles son las cosas: ya está todo desordenado de nuevo.

Didier: Es muy raro.

Copi: ¿Por qué? ¿No le dije que son las notas de una obra? Los autores somos todos nuestros personajes, y al revés. Siempre necesité muchos despertadores para despertarme. No le veo lo raro.

Didier: ¿Cómo es que le dejan tener tantas cosas en este lugar?

Copi: ¿Qué cosas?

Didier: Todo eso, sobre la mesa... Las muñecas, las pelucas, las polveras... Esos vestidos ahí, en el perchero...

Copi: Ah... eso... Fácil: ¿quién le negaría una última voluntad a un moribundo? Pedí morir en Montevideo...

Didier: ¿En Montevideo?

Copi: Sí, Montevideo es el mejor lugar del mundo. Pero no fue posible, así que pedí, ya que tengo que morir aquí, hacerlo rodeado de todas mis cosas... Me di cuenta de que me iba a morir cuando mis amigos empezaron a traerlas... Ya ve, estiro la pata en cualquier momento, rodeado de mis cosas, como yo quería. Además, hay que estar atento. Uno nunca, nunca sabe cuándo puede haber un ensayo. Ya sabe, la vida sigue hasta el último minuto. Es decir, uno no está muerto hasta que está efectivamente muerto y también está aquello de “el show debe continuar”. A mis amigos y a mí nos gusta disfrazarnos...

Didier: ¿Han tenido ensayos? ¿Aquí?

Copi: No exactamente... pero nos hemos divertido. Y le hemos pegado unos cuantos sustos a la enfermera...

Didier: De todos modos... es... singular...

Copi: No si piensa que... no puedo decirlo...

Didier: ¿Qué cosa?

Copi: No... No puedo decirlo...

Didier: Bueno, no lo diga...

Copi: Pero... ¿qué clase de periodista es usted? ¿No le importa lo que yo tenga para decir?

Didier: No es eso... es que...

Copi: (enojado) Usted es un aburrido, insulso, sin gracia, bueno para nada, mal periodista...

Didier: No se ponga así... no entiendo qué quiere que haga...

Copi: ¡Que insista un poco, hombre! ¿Qué más?

Didier: Bueno... pero...

Copi: ¡Ponga un poco de empeño!

Didier: No se me ocurre cómo...

Copi: Vamos de nuevo. Yo digo “no puedo decirlo” y usted pregunta “¿qué? ¿Qué?”. Como en las telenovelas.

Didier: ¡No puedo hacer eso!

Copi: Claro que puede.

Didier: ¡No!

Copi: Mire que lo que tengo para decir es muy interesante... o sórdido, diría yo...

Didier: Dígalo y ya...

Copi: Lo que está haciendo es negarle los últimos deseos a un moribundo. Es bueno que lo sepa. Por si no se enteró: ¡me estoy por morir!

Didier: (luego de un instante de estupefacción) Pero es que...

Copi: Y además voy a hablar con Bernard. Le voy a decir que usted es un desastre. ¿Dónde está el teléfono? (revuelve la cama. Tira las cosas del escritorio. Grita) ¿Dónde está el teléfono?

Didier: ¡No grite! ¡No grite!

Copi: (mientras corre tirando cosas) ¡El teléfono! ¡Enfermera! ¡Enfermera!

Didier: ¡Está bien! ¡Digo lo que quiera!

Copi: (frena en seco) Muy bien. Yo digo “no puedo decirlo” y usted pregunta “¿qué? ¿Qué?”

Didier: Sí, sí, lo que quiera. Igual, con el alboroto ya me olvidé de qué estábamos hablando...

Copi: ¿Cómo que se olvidó? ¿No lo anotó en alguna de sus libretitas?

Didier: No.

Copi: Como siempre. Todo lo tengo que hacer yo. Hablábamos de por qué me dejan tener todo esto aquí.

Didier: ¡Ah! Es verdad...

Copi: Y yo le dije que... no puedo decirlo...

Didier: (con fastidio) Y aquí vamos otra vez...

Copi: No, ¡tonto! Ese era su pié...

Didier: ¿Mi qué?

Copi: La línea que yo digo para que usted diga la suya... Vamos otra vez.

Didier: Bien...

Copi: Me dejan tener todo esto aquí porque yo sé algo... pero... no puedo decirlo...

Didier: (sin el menor sentido de la teatralidad) ¿Qué? ¿Qué?

Copi: Pero ¿por qué no se va un poquito a cagar?

Didier:... ¿eso es parte de la actuación?

Copi: ¡No! ¿Cómo quiere le cuente mi secreto importantísimo si usted dice su parlamento de ese modo? No soy una puerta, ¿sabe? Tiene que mostrar interés, me tiene que convencer. Otra vez. Desde arriba... Me dejan tener todo esto aquí porque sé algo... pero... no puedo decirlo...

Didier: (mejora un poco con respecto a la vez anterior) ¿Qué? ¿Qué?

Copi: Ah... eso está mejor, pero todavía le falta... Tome un buen trago de whisky.

Didier: ¿Es realmente importante lo que tiene para decir?

Copi: ¿Cómo dice?

Didier: Eso que me quiere decir...

Copi: ¡Importantísimo! Vamos una vez más... Piense en una telenovela... una cosa de esas, bien melodramática... Me dejan tener todo esto aquí porque yo sé algo... pero... no puedo decirlo...

Didier: (con cierto enfado) ¿Qué? ¿Qué?

Copi: Usted no está enojado conmigo. Lo que tiene es una tremenda curiosidad. Busque en su alma. ¿Nunca quiso saber algo? ¿Nunca deseó saber algo con todas sus fuerzas?

Didier: Más de una vez... Por eso me hice periodista...

Copi: Una vez más.

Didier: No puedo. ¡No puedo!

Copi: Claro que puede.

Didier: ¡No!

Copi: ¡Sí!

Didier: ¡Soy periodista, no actor!

Copi: ¡Qué estupidez! ¡Todos somos actores!

Didier: ¡No!

Copi: (violento) ¡Claro que sí! ¿O me va a decir que usted es el mismo en cada lugar en el que está? ¿Que trata de la misma manera a su madre, a su jefe y a su novia, si es que hay una? ¿Que se comporta de la misma manera en su casa y en el metro? (tose) ¡Me voy a morir! ¡Me voy a moriiiiiiiiiiiiiiiiiiiiir!

Didier lo mira. Prorrumpe en llanto.

Copi: ¿Qué le pasa? ¡El que se muere soy yo, no usted! (ríe)

Didier: ¡Yo sólo quería hacer una entrevista!

Copi: Y es lo que está haciendo. Sólo que no es la clase de entrevista que usted esperaba. Digo, eso parece, ¿no?

Didier: No. No es. Yo quería...

Copi: Sí, sí. Usted quería y yo lo tomé por sorpresa. Dígame si ésta no va a ser la mejor entrevista que haga jamás. Usted va a poder contar algo realmente... ¿cómo lo diría? Mmm... ¿Exótico? Sí, exótico. ¿No le parece? Una nota muy colorida que sin duda le abrirá las puertas de ese mundillo del periodismo en el que usted quiere entrar. Va a estar un paso más cerca de la gloria. ¡Va a ser famoso! Debería saber que usted es el único periodista autorizado a verme. Le prometí a Bernard que él tendría la exclusiva de mi muerte. Y él lo envió a usted. Luego de esto, cada palabra que escriba será leída por la multitud como palabra sagrada. Lo van a amar. Y también lo odiarán, claro. Dígame si no es maravilloso lo que ocasiona la envidia en la gente... Pero quizás usted no es el indicado. Bernard se debe haber equivocado...

Didier: Es que yo...

Copi: No, no... Lo pensé mejor. Mejor no compartir ciertos secretos con usted... No está preparado, es evidente...

Didier: Sí que estoy. Fui el mejor de mi clase...

Copi: Eso no significa nada. Ser el mejor en un salón de clase no lo convierte en el mejor en el mundo real. Y esto, mí querido, es el mundo real: un sidoso agonizante. Esto es el mundo real. Lo mejor es que se vaya.

Didier: ¡No!

Copi: Sí, sí. Vaya en paz y dígame a Bernard que me mande otro periodista. Alguien con más experiencia. Más “sazonado”. Usted no está preparado para esto.

Didier: Sí que estoy.

Copi: No parece. ¿Dónde estudió? ¿De dónde es?

Didier: En la escuela de periodistas de Limoges. Soy de ahí.

Copi: ¿Limoges? Pero ahí hay ceramistas no periodistas.

Didier: Sí, hay ceramistas. Y periodistas. En todos lados hay periodistas. Siempre quise ser periodista.

Copi: No sé en qué estaría pensando Bernard cuando lo mandó a usted. Un periodista del interior... qué disparate...

Didier: Deme una oportunidad. Este es mi primer trabajo importante. De hecho, este es mi primer trabajo. Es verdad, yo no lo conozco, pero me dijeron que era usted muy famoso.

Copi: Bah... Ya perdí el interés.

Didier: Por favor. Quiero conservar mi trabajo.

Copi: No quiera enternecerme con palabras...

Didier: ¿Es de verdad importante ese secreto?

Copi: Claro que sí, ya le dije. Además, ¿qué secreto no es importante? Si no, no sería un secreto.

Didier: Está bien. Hagámoslo como usted quiere.

Copi: ¿Sí? (encantado) ¡Bravo! ¿Se anima a improvisar?

Didier: Yo...

Copi: Un poquito...

Didier: Como quiera...

Copi: (se prepara, respira hondo, hace ruidos con la boca) ¡Vamos, vamos! Haga lo mismo que yo.

Didier imita a Copi en una absurda preparación para el trabajo de improvisación.

Copi: Muy bien. Aquí vamos.

Copi se pasea por la habitación, mirando a Didier y ordenando un poco el desorden.

Copi: Me dejan tener todo esto aquí porque yo sé algo... pero... no puedo decirlo...

Didier: ¿Qué? ¿Qué?

Copi: ¡Oh! ¡No puedo! ¡No puedo decirlo!

Didier: ¿Qué? ¿Qué?

Copi: ¡Es que no puedo!

Didier: ¿Qué? ¿Qué?

Copi: (saliendo un instante del personaje) Puede decir otras cosas, además de “qué, qué”. (Vuelve al personaje) ¡Ya te dije que no puedo! Si lo dijera...

Didier: Dilo de una vez...

Copi: ¿Por qué?

Didier: Porque... porque... porque...

Copi: ¡Vamos!

Didier: Porque... (Liberándose de pronto) ¡Porque se me va la vida en eso! Porque toda la vida he sabido que había un secreto, y ahora es el momento, ¡debo saberlo! Y tú lo sabes...

Copi: Sí lo sé...

Didier: Pues dilo y salgamos de esto, ¡dilo de una vez! ¿Acaso no me...

Copi: ¡Sí! ¡Te amo! ¡Te amo!

Didier: ... entonces...

Copi: ¡Me dejan tener todas estas cosas aquí porque yo sé que...

Didier: ¿Qué?

Copi: ¡El director del hospital es el último amante conocido del guardia negro del Sacre Coeur!

Didier: (estupefacto. Se sale de su personaje) No... ¿El director del hospital? No lo puedo creer...

Copi: Sí señor, el director del hospital.

Didier: Pero yo hablé con él, lo encontré en la recepción y no me pareció...

Copi: No, claro, la mayoría no parecen, pero...

Didier: ¿Y el guardia negro? ¿Qué fue de él?

Copi: Lo enrolamos en la Legión Extranjera.

Didier: ¿Por qué?

Copi: Es que nos estábamos empezando a pelear por él. Todos nosotros. Y uno no debe jamás pelear con los amigos por culpa de guardias, negros o no, de pene monumental. Así que lo convencimos de que tenía más futuro en África... Lo que se hace por los amigos... Son la verdadera familia, eso es lo que pasa. Fuimos todos a despedirlo al puerto, claro. Más de uno lloró, no se crea, y sacudimos muchos pañuelitos blancos. Pobre hombre, ya no estaba pudiendo con todos nosotros. Es que de esa manera, no había cuerpo que resistiera...

Didier: No, sin duda... ¿Eran muchos?

Copi: Puf... Todo un Sacre Coeur con sus escaleras y jardines... Eran muchos pañuelitos blancos. Muchos.

Didier comienza a reírse. Primero tímidamente. Luego a carcajadas. Copi ríe con él. Terminan tumbados en la cama, lado a lado. Copi sirve más whisky.

Copi: ¿Cómo se siente?

Didier: ¿Yo?

Copi: Claro, después de su actuación...

Didier: ¡Ah! Bien... ha sido... sumamente... interesante...

Copi: ¿Nada más?

Didier: Bueno... sin duda el whisky ayudó. Por un momento realmente creí que todo estaba sucediendo, que el secreto era importante...

Copi: (enojado) ¡Es importante! ¡Es todo! Que el director del hospital sea mi amigo lo es todo, y Bernard, y todos los demás...

Didier: Sí, claro...

Copi: Pero me alegra que disfrutara su experiencia como actor. Asumo que fue la primera...

Didier: Sí... creo...

Copi: ¿Por qué "creo"?

Didier: ¿Disfrazarse cuando uno es pequeño cuenta como actuación?

Copi: ¡Claro!

Didier: ¡Ah! ¡Yo lo hacía todo el tiempo!

Copi: ¿Y de qué se disfrazaba?

Didier: De soldado, de cowboy, de fantasma... ese era fácil, alcanzaba con echarse una sábana por encima. Pero era un fantasma de lo más extraño: había sábanas de colores, pero ninguna sábana blanca. Igual, mi hermana se asustaba o fingía hacerlo... cómo me divertía... También me disfrazaba de romano. Me ponía mis sandalias y esta vez la sábana oficiaba de toga... Y decía "Ave César. Morituri te salutan".

Copi: ¿Y eso?

Didier: Era todo lo que sabía decir en latín "Ave César. Morituri te salutan". Significa "los que van a morir te saludan". Lo decían los gladiadores en el circo, se lo decían al César.

Copi: (grave) Morituri te salutan... Qué apropiado. En fin... Mire qué simpático había resultado usted después de todo...

Didier: Qué maldad...

Copi: ¿La mía? No. Es el teatro. El teatro es como el circo romano. Uno debe estar dispuesto a morir para alcanzar la gloria. El teatro es el circo, el público es el César, y los personajes son gladiadores... o leones... Ya sé: no es muy original. Ya lo habrán dicho otros. Lo cierto es que el teatro hace magia. Ya ve lo que ha sacado a la luz: a Didier le gustaba disfrazarse.

Didier: Sí.

Copi: ¿Y de qué más se disfrazaba?

Didier: Creo que eso era todo...

Copi: Oh, vamos, ¿no pretenderá que se contentaba con romanos y fantasmas? Esas coloridas sábanas servirían para algo más...

Didier: Bueno... pero me tiene que prometer una cosa...

Copi: Lo que quiera. Me lo llevo a la tumba...

Didier: ¿Ah, sí? Ujum... (significativo) Y eso...

Copi: (extrañado) ¿Eso qué?

Didier: ¡Será bastante pronto!

Los dos se ríen a carcajadas.

Didier: ¿Ya no le da tos?

Copi: ¿Se fijó? Qué curioso... Usted me hace sentir bien, eso es... ¿Qué le tengo que prometer?

Didier: Que no va a decir nada. Sobre todo a Bernard.

Copi: ¿Por qué le iba a decir nada a Bernard?

Didier: Porque es su amigo. Y es mi jefe.

Copi: Ah, claro... Se lo prometo.

Didier: Bueno. Una vez mi hermana quedó a cargo de mí durante un viaje de mis padres. Ella es mayor que yo. Y una tarde se le ocurrió disfrazarme... Y lo hizo...

Copi: ¿De qué lo disfrazó, si puede saberse?

Didier: (duda un momento) De mujer. Con un vestido de ella. Y además...

Copi: ¿Qué? ¿Qué?

Didier: ¡Me puso maquillaje de mi madre!

Copi: ¡No!

Didier: (riéndose) ¡Sí!

Copi: ¿Y usted?

Didier: Me miraba en el espejo, desde todos los ángulos. Mi madre tenía muchos espejos en su vestidor...

Copi: ¿Cómo se sintió?

Didier: No lo recuerdo con exactitud, pero sí me acuerdo de algo...

Copi: ¿De qué?

Didier: Mirándome en el espejo entendí por qué a mis compañeros de colegio y a mí nos gustaban las niñas y les temíamos al mismo tiempo.

Copi: ¿Y eso?

Didier: No lo sabría explicar. Fue una cosa misteriosa.

Copi: ¿Qué se esconde detrás del maquillaje?

Didier: Secretos importantísimos.

Copi: Mmm... puede ser... Pero siempre las ganas de ser otro.

Didier: ¿Usted quiere ser otro?

Copi: Supongo... Quizás uno que no se esté muriendo de SIDA. No por la muerte en sí, sino por la enfermedad. Es muy agotadora. Además, para la posteridad no estoy seguro de que quede muy elegante. Es decir, me van a recordar porque me morí de SIDA. Corrijo, porque escribí algunas cosas muy buenas y me morí de SIDA.

Didier: ¿Muy buenas?

Copi: Buenísimas.

Didier: ¡Se quiere poco!

Copi: ¿Yo? Nada. Pero mi trabajo es buenísimo. Yo lo sé. Y alcanza.
¿Tiene novia?

Didier: Sí... Danielle...

Copi: ¿Daniel? (horrorizado) ¡Le mintió! ¡Es un hombre!

Didier: ¡No! No es "Daniel" sino "Danielle", "Danielle-e"

Copi: ¡Ah! ¿Está seguro?

Didier: Segurísimo.

Copi: ¿Y le contó de su experiencia frente al espejo?

Didier: ¡No! ¿Cómo se le ocurre?

Copi: No creo que sea algo grave, a menos que a usted le haya gustado mucho hacerlo. Y entonces tampoco sería grave, sería... no sé, algo, pero nada grave... ¿La quiere?

Didier: ¿A Danielle? Sí, claro, pero... No estamos en un buen momento...

Copi: ¿Ah, no? ¿Por?

Didier: Ella es... ella es una bella persona, pero muy compleja. Cambia de humor y de ideas constantemente, me desconcierta, no la entiendo bien a veces...

Copi: Y eso lo apena...

Didier: Mucho. Nos vemos poco: ella está en Limoges. También por eso... creo que nos terminaremos separando en cualquier momento. Ella no estuvo de acuerdo con mi venida a París, pero yo tenía que trabajar y mi profesión, en Limoges, tiene poco espacio... Danielle quería que me dedicara a otra cosa...

Copi: ¿Ella es ceramista?

Didier: ¡No! Maestra.

Copi: ¿Maestra de ceramistas?

Didier: ¡No! ¡De escuela!

Copi: Ah, ah, ah... de escuela, mire qué bien. Así que ella en Limoges y usted aquí, en París, buscando la inmortalidad a través del periodismo...

Didier: No, no, no es así. Sólo quiero trabajar. Pero se suponía que el entrevistado era usted...

Copi: ¡Y dale! ¡Qué manía! Bueno, pregunte...

Didier: ¿Por qué escribe? ¿Por qué dibuja?

Copi: No lo sé... Supongo que si no lo hiciera me tendría que pegar un tiro. Lo cual es casi una redundancia en mi situación. Pero lo sigo haciendo. Sin ir más lejos, todo este rato he estado escribiendo. En mi cabeza, pero escribiendo. Un libreto...

Didier: (completa la frase) ¡Buenísimo!

Copi: ¡Claro, si lo inventé yo! ¡Buenísimo! (Se ríen los dos) Es una pena que no haya visto ninguna de mis obras...

Didier: Sí...

Copi: Son un poco como este rato nuestro. La mano de la fatalidad pesando sobre nosotros, pero igual nos reímos. Estamos dentro y fuera de la obra. Cuando escribo teatro, yo soy el público de la pieza que estoy escribiendo, ¿entiende?

Didier: Creo que sí. En la escuela de periodismo nos enseñaban a escribir para el lector.

Copi: Exacto. Es un poco lo mismo. Sólo que en el arte entran en juego otras cosas.

Didier: Me imagino.

Copi: ¿Sí?

Didier: Sí. El periodismo no es para la posteridad, es para hoy, aunque haya periodistas que trascienden. El arte, el verdadero arte, siempre hace una apuesta al futuro. Aunque el artista no lo piense ni lo sienta así...

Copi: Uhhh... profundo, Didier, muy profundo...

Didier: Claro. Por eso seguimos admirando obras creadas hace siglos... Lo único destinado a perdurar es el arte, ¿no?

Copi: Todo indica que sí, junto con las ratas y las cucarachas. ¡Las ratas y las cucarachas son tan adaptables! Como el arte.

Didier: Uhhh... profundo, Copi, muy profundo. Pero deja el arte por los suelos.

Copi: O a ratas y cucarachas por las nubes. Depende de la perspectiva... En todo caso, hay sitios a los que tienen acceso las ratas y las cucarachas antes que el arte. ¿No es una pena? A veces me pregunto por qué no me pego ese tiro... Escribí personajes que eran ratas... Tienen una vida comunitaria muy compleja, toda una sociedad armada con clases y escalafones. Son como una sociedad secreta...

Didier: ¿Las ratas piensan en la posteridad?

Copi: Es en lo único que piensan. Por eso se reproducen, reproducen y reproducen...

Didier: ¿Y usted?

Copi: ¿Yo? No. Lo único que me gustaría es que mi salida fuera más o menos interesante. ¿Para qué quiero posteridad si de todos modos no la voy a disfrutar? Ese es el sinsentido de la posteridad. ¿Para qué la quiero, si no la voy a ver? Pero, ya que voy a morir, me gustaría hacerlo de manera... no sé... espectacular... Dar una última sorpresa... Divertir, quizás escandalizar... Y eso es todo...

Didier: ¿Por qué?

Copi: Porque si no lo hiciera así, no sería yo... Y yo quiero ser yo hasta en mi muerte. Esa es la única dignidad que nos queda siempre. ¡Qué serios nos pusimos! Me aburrí. Volvamos a los disfraces.

Didier: Espere. Se está contradiciendo. Con lo de la última sorpresa. Es lo mismo que con la posteridad. ¿Qué le importa una última broma si de todos modos no va a estar para ver la cara de los demás?

Copi: ¡Ah! Hay una diferencia. A ver... (piensa) ¿Cómo sería mi posteridad? Un párrafo en alguna ignota enciclopedia, una breve cita del estilo “autor argentino-uruguayo-francés muerto de SIDA a los 49 años, autor de varias obras de teatro, algunos cuentos y un cómic”. No moriría contento pensando en eso, mi vida ha sido bastante más que eso. En cambio, si en el último instante antes de cerrar los ojos para siempre me imagino las caras de los que me descubran muerto, me voy a morir de lo

más divertido, en medio de una gran carcajada. La diferencia no radica en lo que ocurra después, cosa que no me interesa en lo más mínimo, sino en lo que piense en ese último instante de la conciencia. Después, si me recuerdan, quizás es mejor, pero, si no, de todos modos no me va a importar. Pero no me haga mucho caso. Quizás sí quiero pasar a la posteridad. Tal vez esté mintiendo cuando digo que no me interesa. Quizás todos los artistas mentimos. Quizás sí tenemos la mirada puesta en el futuro...

Didier: ¿Y el alma?

Copi: ¿Qué alma? No tengo pruebas de que exista tal cosa. Prefiero atenerme a lo seguro.

Didier: ¿No cree en Dios?

Copi: No.

Didier: ¿No le da miedo?

Copi: No hace falta creer en Dios para no tener miedo a morir. No tengo miedo a morirme. Siento, en todo caso, cierta sorpresa.

Didier: Vaya... es... impresiona... me asusta un poco, no sé por qué.

Copi: ¿Sabe quiénes no mueren nunca?

Didier: No voy a decir, no sé, los ángeles, porque ya veo que no cree en nada de eso...

Copi: Es verdad, pero los ángeles son un buen ejemplo. Los ángeles no mueren nunca. ¿Sabe por qué? Porque son un mito. Los mitos no mueren nunca. Los mitos son para siempre, nadie los olvida y se habla, habla y habla de ellos... Son como las ratas, las cucarachas y el arte: adaptables. Se reinventan a cada paso... Son una cosa, y otra, y otra... Se los puede usar para prácticamente todo.

Didier: Claro...

Copi: La única manera de sobrevivir es convertirse en mito. Por ejemplo... no sé, Lenin, Gardel, Marilyn, Eva Perón... Eva Perón, ese sí que es un mito... Cuando murió, su imagen fue reproducida hasta el infinito en pinturas y estatuas para que su recuerdo permaneciera vivo. Allí está, en cada escuela, cada lugar de trabajo, cada salón. Eva Perón, Didier, está más viva que nunca... qué horror...

Didier: No la estima mucho...

Copi: Mmm... no sé... Es un personaje fascinante, pero no me olvido de que por su causa mi familia terminó en el exilio... Mi teoría es que, en realidad, nunca murió... Me gusta pensar que nunca murió... Es decir, no murió... Mire los años que han pasado y se sigue hablando de ella... Y no fue necesario el arte. Ya ve cómo todas las teorías tienen un costado inútil... Pero ya le dije: no quiero ponerme serio, no quiero ser entrevistado... No,

los disfraces, eso es lo importante... Hoy, Didier, voy a cumplir su segundo sueño...

Didier: ¿Y cuál es ese, si puedo saber?

Copi: Bueno, el primero fue todo este rato acerca del cual usted escribirá una crónica apasionante y maravillosa. ¿Cómo la va a titular? ¿“La agonía de Copi”? No, muy tonto... ¿“Copi ataca de nuevo”? Ese es mejor, pero tampoco... ya sé “Buscando a Copi”.

Didier: Es un buen título.

Copi: ¿Verdad? Pero pasemos al segundo sueño...

Didier: Muero de impaciencia.

Copi: Hoy, Didier querido, lo voy a volver a vestir de mujer.

Didier: ¡No!

Copi: Claro que sí, no empecemos de nuevo con esa manía suya de negarse a todo. ¡Qué pesado! Nadie se va a enterar. Esto es entre usted y yo.

Didier: ¡Pero no! Estamos en un hospital, además, ¿de dónde sacó que me quiero vestir de mujer?

Copi: De ningún lado. Lo sé. Punto. Había que verle la cara cuando contó lo de su hermana y los maquillajes de su madre. Se muere por hacerlo.

Didier: ¡No es verdad!

Copi: Y además hay algo que debe saber...

Didier: (Molesto) ¿Otro secreto importantísimo?

Copi: No exactamente. Esa novia suya a la que usted entiende tan poco...

Didier: ¿Danielle? ¿Qué?

Copi: ¿Se acuerda cuando se vistió de mujer y de pronto entendió tantas cosas? Esa vez, frente a todos esos espejos, cuando de pronto comprendió por qué los hombres aman y temen a las mujeres...

Didier: No veo qué tenga que ver eso en este momento...

Copi: ¿Quiere entender a su novia, la tal Danielle, y salvar su relación naufragada? Vístase de mujer. Usted la ama, ¿no?

Didier: Sí...

Copi: ¿Entonces? Siempre me he preguntado cómo pretenden los hombres comprender a las mujeres si no se permiten ellos mismos ser mujeres al menos por un rato. Es curioso...

Didier: Oh, por Dios... ¿De verdad cree que eso ayude en algo?

Copi: Sin duda...

Didier: Está bien. Pero lo hago más por usted que por mí mismo. Porque no se le niega un último deseo a un moribundo y porque si le digo que no se va a poner a gritar como un loco otra vez...

Copi: Me parece bien, aunque, ¿quién le dijo que este es mi último deseo? Pienso tener deseos hasta el último segundo y creo que éste no ha llegado aún. Quizás dentro de quince o veinte minutos...

Didier: Bueno, bueno. Me asusta que hable de la muerte con ese desapego. Ya. Vístame y terminemos con esto.

Copi: Muy bien. Por dónde empezaremos. Ya sé...

Copi va hasta la mesita de noche y saca de ella una botella de alguna bebida alcohólica. Sirve una generosa cantidad en el vaso de Didier.

Didier: (mirando el vaso con extrañeza) ¿Y esto?

Copi: Ginebra. Le ayudará a relajarse. Está muy tenso. Y para festejar.

Didier: ¿Festejar qué?

Copi: Lo que sea. Que todavía estamos vivos.

Didier: Con usted no sirve de nada negarse, así que... (Toma un sorbo) Puaj, es muy amarga... Y no debe ser buena idea mezclarla con el whisky que ya tomé...

Copi: No lo piense, tómesela toda, vamos, vamos...

Didier se toma toda la ginebra. Copi va hasta el perchero, descuelga un vestido y lo cuelga en el biombo.

Didier: Es asquerosa.

Copi: (señalando el vestido y el biombo) Vaya, cámbiese.

Didier: Sigo pensando que esto es un disparate.

Copi: Ya dijo que sí.

Didier pone cara de desconfianza, pero desaparece tras el biombo. A medida que se va desvistiendo, aparecen sobre el biombo las prendas que Didier se va quitando: el saco, la camisa, el pantalón. Desaparece el vestido. Copi observa todo desde la cama, con suma expectación. Didier demora. Copi se impacienta y camina de un lado a otro.

Copi: ¿Le falta mucho?

Didier: Es que... nunca me había puesto un vestido de mujer, digo, yo solo... Necesitaría a mi hermana...

Copi: No es difícil. Entra por arriba.

Didier: ¡Ah! Claro. Es que además esa ginebra era muy fuerte, creo que estoy un poco borracho...

Copi: (se ríe) ¡Qué poca resistencia, mi amigo!

Didier: ¿Amigo?

Copi: Sí. Usted es mi mejor amigo, ¿no se dio cuenta?

Didier: (riendo) No, pero si usted lo dice. Voy a poder escribir mi nota sobre usted como si de un amigo se tratara (ríe) va a quedar mejor, más...

(En la voz se nota que está forcejeando con el vestido) sentida, más... sensible... ¡ay!

Copi: ¿Qué sucede?

Didier: ¡Este cierre! Me pellizqué la espalda... (Se ríe a carcajadas) Ya está.

Copi: Salga.

Didier: Me da vergüenza. Y estoy mareado.

Copi: No sea ridículo. ¡Salga!

Didier sale. Trae puesto el vestido. Está descalzo.

Copi: (da un respingo) Pero... le queda perfecto. Mejor que a mí. Y... bueno, habría que depilarle las piernas, pero por lo demás...

Didier: (se ríe. Está borracho) No me va a depilar las piernas, ¿o sí?

Copi: No, no, no tenemos tiempo...

Didier: ¿Por qué? No me diga que tiene que salir (se ríe a carcajadas). ¿Se va a las escaleras del Sacre Coeur, con esa tos que le ataca cada dos por tres? No es buena idea. (Se ríe) Uf... esa ginebra...

Didier hace de ademán de ir hacia el espejo a verse, pero Copi lo detiene.

Copi: No, no, no se mire todavía. Venga.

Copi sienta a Didier en la silla, de espaldas al espejo.

Didier: ¿Y eso por qué?

Copi: Porque no quiero que se caiga. Y porque falta lo principal: el maquillaje.

Copi corre hacia la mesa y trae de ella una cajita de maquillaje. Comienza a maquillar a Didier.

Didier: Me hace cosquillas. (Se ríe)

Copi: Quédese quieto y tenga un poco de paciencia.

Didier: La verdad, no veo cómo esto me va a ayudar en algo. Pero al menos usted se está divirtiendo. Se tendría que morir ahora mismo, ¿no?

Copi: Sí. Ahora, un segundo más y me muero, no se preocupe.

Copi va hasta la mesa y trae una peluca rubia con moño. Se la pone. Didier queda parecido a Eva Perón. Es el vestido famoso, la peluca rubia con moño. Es Evita.

Copi: Listo. Ahora puede verse.

Didier se levanta, pero trastabilla. Copi lo toma firmemente por un brazo y lo lleva hasta el espejo. Didier está francamente mareado, se mira un poco en el espejo. Se ríe, pero ya con cierto cansancio. Se suelta. Va hacia el centro del escenario y da unas vueltas sobre sí mismo.

Didier: ¡Soy Copi! ¡Soy Copi! (se ríe a carcajadas) Me travisto y voy al Sacre Coeur.

Copi: Nunca fui travestido al Sacre Coeur. Pero sí, es Copi. Yo solía hacer eso en mi casa, a solas o con amigos: emborracharme, travestirme y bailotear.

Copi desaparece tras el biombo mientras Didier bailotea, trastabillando y repitiendo “Soy Copi, soy Copi”. Del biombo desaparecen las prendas de Didier. Didier, finalmente, agotado, se deja caer en la cama. Sale Copi de detrás del biombo. Trae puestas las ropas de Didier.

Didier: Pero... (Se nota que está haciendo un gran esfuerzo para articular sus palabras) Esa es mi ropa...

Copi: Me parece un trato justo considerando que usted lleva puestas las mías...

Didier: (se ríe) Es verdad... usted es Didier y yo soy Copi, disfrazado de... de... esta mujer tan famosa...

Copi: Exacto. Usted es Copi. Y yo soy Didier. Periodista.

Didier se da cuenta, finalmente, de que algo raro está pasando, pero su malestar es muy grande.

Didier: ¿Qué está haciendo?

Copi: ¿Yo? Vine a hacer la última entrevista a mi amigo Copi.

Didier: ¿Qué me hizo? ¿Qué me dio?

Copi: Ginebra... con una fuerte dosis de barbitúricos. Se consiguen fácil en estos hospitales. Sobre todo cuando uno es el mejor amigo del director. Pero... es una mala combinación, ¿no es cierto? No se enoje, era necesario...

Didier: Me voy a...

Copi: Sí. Es una pena. Yo vine a hacer esta última entrevista a mi amigo Copi. Murió de SIDA. Su último deseo fue que lo vistieran como Evita. Vaya a saber uno por qué se le ocurrían esas cosas. Lamentaremos mucho

su deceso. Se pierde, sin duda un talento importantísimo de la escena artística internacional. Un autor muy prolífico condenado injustamente al underground. Un autor de culto cuya muerte ha provocado un fenómeno inesperado: su obra, finalmente, llegará al gran público, gracias a cierto periodista que lo rescató de las sombras...

Didier: (lo interrumpe) No... no... ¡no!

Copi se acerca a Didier y lo ayuda a acostarse, o lo acuesta.

Copi: Shhh... shhh... No se resista, es peor. Quédese tranquilo. No se va a dar cuenta de nada. Se va a dormir y... no se va a despertar. No va a haber dolor, se lo prometo.

Didier muere. Copi lo acomoda en la cama. Acomoda los pliegues del vestido y las almohadas. Suena música. Copi pasa un dedo por el costado de la boca de Didier, como corrigiendo el labial. Saca de debajo de la cama una maleta, mete apresuradamente algunas cosas en ella. Se pone el sombrero. Sale. Las luces se extinguen.

Didier: (incorporándose súbitamente) ¡Mierda!

Apagón.